



PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50
25 > extraordinarios... > 5

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: trimestre. Ptas. 2,50
PROVINCIAS: > . . . > 3
EXTRANJERO: año... > 15

NÚMEROS ATRASADOS

Ordinario... Ptas. 0,25
Extraordinario... > 0,50

La correspondencia se dirigirá al Administrador: Calle del Arenal, 27. - Madrid. — 8 — A toda suscripción acompáñese el importe en libranza ó sellos.

AL CORRER DE LA PLUMA

Buenos están los tiempos para que los asuntos taurómacos proporcioneen al lector grato solaz y honesto esparcimiento!

A la altura en que los últimos sucesos nos han colocado, no hay sino dejar correr la «péñola» á tontas y á locas, para llenar unas cuantas cuartillas que hagan exhalar á las prensas ténues gemidos, y llenen malamente un hueco en este número extraordinario de LA LIDIA.

¿De qué hablar? El eco de la última temporada taurina se perdió hace rato, arrastrada por el huracán cabriñanista que nos trae á todos preocupados, y con el agua al cuello á muchos.

Madrid parece inmensa mesa redonda donde se sirven manjares en estado de putrefacción, los cuales nos saben á gloria y deglutimos con deleite. No nos falta más que un Oscar Wilde para que resulte completo el cuadro. ¿No hay por ahí algún excelente ciudadano que se dedique á servirnos Wildes indígenas, en este ambiente saturado de todo linaje de porquerías que, como densísima niebla, envuelve á la capital?

Habíamos importado de Francia los bufos y las cocottes; ahora poseemos Panamá á pedir de boca. Salomón estaba en lo cierto al opinar que el rutillante Febo no alumbraba más que chocheos.

No se puede dar un paso sin oír el nombre del marqués de Cabriñana; todo el mundo entona la misma canción, con una letra en que se perciben con claridad estas palabras: «concejales», «cárcel», «presidio», «bribones», «robos» y otras más expresivas aún, con una música latosa, aburrida, insoportablemente fea, que parece hurtada de *Al fin se casa la Nieves*, ó *¡Vámonos á la Venta del Grajo!*, cuyo título debería ser: *Cayóse otra vez Tomás* ó *¡Hay Providencia Ricardo!*

Y como ocurre con las partituras de Bretón, la marea sube, los horrores se acumulan, desátanse las lenguas y apunta en las narices el coriza producido por tanto hedor.

¿Adónde vamos á parar? — se preguntan azoradas las gentes. Y en esa resaca del chanchullo que rebasa todos los límites, acabaremos por decirnos imitando á los trapenses: — «Que ser procesados habemos. Ya lo sabemos.»

En este remolino de la inmoralidad que nos convierte en Candelas profesionales, ¿quién se

acuerda ya de las caritativas expansiones de Bartolo? ¿Quién rememora á estas fechas las pérdidas asechanzas de Guerrita?

El primero, el agosto general, no está, no como Bretón y Vega en la *Venta del Grajo*, sino contando los relucientes duros bajo la sombra de la Giralda ó sobre las rientes márgenes del caudaloso Guadalquivir, dulce Leteo donde las sombras de la Usura liban actualmente las aguas que destruyen toda noción de mnemotecnía.

¡Oh, cómo se reirá, cual no otro alguno, de las cabriñanadas de Madrid! ¡Con qué soberano desprecio mirará, desde las columnas de Hércules, á los gnomos de la inmoralidad que se dejan pescar aquí como candidas lubinas! «Como guapa, es guapa» — decían de la molinera de Alaróon. — «Como trucha, es trucha» — debemos todos decir del buen Bartolo.

Guerrita, por su parte, meditará al aire libre en el apacible y perfumado ambiente de los Califas omniades, sobre la fragilidad de los juicios humanos, y la inventiva de los que estiman punto negro á Rafael para cábalas y combinaciones *ad majorem tauromachiae gloriam*.

Los augurios que se hacen para el año que viene, no pueden ser más optimistas. El color de rosa domina en ellos y luce sus encantos, como las cintas que exornan los cayados de los pastoreitos á lo Watteau.

¿Quién se apura por eclipses que sólo mortifican á los villamelones que pululan por ahí? ¿Quién ha de echar de menos las cabrioladas de Terpsicore torera? ¿Quién que estime en algo «las bases fundamentales del arte», no se sentirá satisfecho con la desaparición de Blondín?

¡Fuera, fuera titiriteros! ¡A las Murenas los histriones! ¡Muerte y exterminio á esos conculcadores de los sagrados preceptos de la tauromaquia clásica! ¡Que venga Voltaríe, y secundemos su grito sublime de «aplastemos al infame»!

— Me joraba el Dante — dijo Ventura de la Vega.
— Me carga el Parsifal — ha dicho el autor de la *Venta del Grajo*.

— Me revienta Rafael — murmuran por ahí los devotos de un lato clasicismo.

Y entre jorabas, reventaduras y cargas, des-punta en el horizonte la próxima temporada, plácida y sonriente, como esas lunas llenas que en las serenas noches del estío manchan con su estúpida mueca la majestad de los espacios siderales.

¡Oh la temporada próxima venidera! Entonces verán ustedes lo que «es arrancar corto y derecho», y «parar los pies», y «estirar los brazos» y «dar salida con el trapo», y «ahorrar la cabeza», y «enhiarse», y todas las demás muletillas que rezan los catecismos de los revisteros contemporáneos de Montes, y de los que han apurado los calostros del arte de Pepe Illo en las proezas suicidas de cualquier pelafustán.

«Salga la voz alegre de mi seno
á contemplar esta vivienda nuestra.
¡Paz en la tierra, gloria en las alturas!
¡Cantad en vuestras jaulas, criaturas!»

Verdad es que las pedagógicas disciplinas que antaño ensangrentaban el cutis de los maestros, se han convertido hogaño en puras mieles; y que las maledicentes reticencias del repertorio antiguo no se exhiben hoy sino contra algún sacrificador de chotos que se ríe de ellas, como nos reímos nosotros cuando, de vez en cuando, nos toca de rebote algún sofión.

¿Qué le vamos á hacer? La vida es corta y hay que divertirse en la comedia humana; que de otra suerte nos consumiríamos todos en el más roedor aburrimiento, en el toreo clásico de la esfera social, que nos convertiría en momias.

— Dadme un punto de apoyo y removeré la tierra — dijo Arquímedes.

— Suprimidme á Guerrita y reposaré tranquilo — claman los toreros románticos y los devotos del clasicismo taurómico (!!!) imperante.

Y entre tanto la cristalina esfera gira bañada en luz, como decía el autor de *El Diablo Mundo*, y la cristalizada afición espera el año que viene, para fundirse al calor de los astros de primera magnitud que cruzarán por los dominios de Bartolo, caldearán la atmósfera y trocarán en rubias ó en negras guedejas los cabellos blancos de más de un Filemón.

Aguardemos, pues, la bienaventurada época del resurgimiento de las lilas, época de la teleología universal, en que los templos rasgan sus enlutadas vestiduras, y las bronceadas lenguas de las campanas tocan á vuelo, gritando alegremente: *¡Resurrexit!*

Mientras ese instante llega, yo, que paseo mi soledad en pleno decadentismo, me recojo en mis lares, cierro mi pico averiado, y me pongo en el oído izquierdo una bolita de algodón, bañada en

AL PRESIDENTE

en sangre; y Salamanca, adonde habían ido á reponerse y municionarse las tropas de D. Julián, quiso celebrar con fiestas y regocijos públicos el fausto suceso. Y claro está; en aquel suelo, que por producir pastos que dan alimentos á reses de lidia de tanta nombradía, es grande la afición á los toros, no podía faltar entre los números del festejo la obligada corrida. Lo malo era, que así como ganado era fácil de traer. no lo era así encontrar cuadrillas que lograsen atravesar España entera, en gran parte dominada por el enemigo; y lo que debió ser fiesta en toda regla, quedó reducido á diversión de aficionados. El anuncio de que el producto del espectáculo se destinaria á socorro de los españoles heridos, bastó para que el estímulo creciera; y fueron tantos los toreros improvisados, que sin pedir antecedentes de la edad de los toros que debían correrse, se presentaron, según papeles de la época que tenemos á la vista que, hasta dos frailes solicitaron actuar el uno como picador de vara larga y el otro en clase de espada. Lástima es que los referidos documentos, aunque dan cuenta de muchas otras cosas, omitan el decirnos si este ofrecimiento se aceptó; y suponiendo que sí, cómo cumplieron su cometido los dos reverendos. Lo que sí cuenta prolijamente, es el incidente de que me propongo hacer asunto para estas cuartillas.

II

Parece ser que uno de los bichos, que no tenían nada de becerras, y que hasta es posible que en los tiempos presentes no todos los matadores de alternativa se hubieran prestado á lidiarlos, después de haber herido de alguna gravedad á un D. Antonio Gil de Sancho, indudablemente oficial en el escuadrón de D. Julián, y que se había ofrecido á rejoinar á la antigua usanza, sembró de tal modo el pánico entre los aprendices de lidiadores, que ya el público pedía la salida de los perros, que sujetando al animal, permitiera que se le desjarretara. El amor propio, sin embargo, es mal consejero; y mientras los demás se retraían, un mozo, muy garrido por cierto, y que á juzgar por los arreos y las insignias debía servir como cabo en los famosos lanceros, calmó de pronto el tumulto tomando el estoque y la muleta, y yéndose á pedir la venia á su ilustre jefe, á quien se había dado la Presidencia, por supuesto á nombre de la legítima Majestad de Fernando VII. Una vez obtenida ésta, el mancebo se dirigió al toro, que sin más castigo que el solo rejón que había conseguido clavarle el maltrecho caballero en plaza, había buscado defensa en los tercios, y parecía de allí desafiarse al que fuere osado acercársele. El cabo, sin ayuda de nadie, avanzó sereno y pausado, desplegó la muleta en el mismo hocico de la res, y ésta arrancó con la velocidad de sus no quebrantadas facultades. Que el mozo no estaba exento de costumbre de habérselas con un toro, lo decía su soltura. Pero no podía ser ésta tanta, que lo que hubiera sido lucimiento y majeza ante un animal claro y manejable, no se trocara en grave riesgo con aquel que, por receloso y de sentido, pedía un maestro muy avezado.

Al tercer pase ya parecía que conocía la res la debilidad de su adversario, advirtiéndole con sus acosos que, si no se había quitado ya de delante al importuno, era sencillamente por no haber pronto un decidido empeño en ello. El torero comprendía así, no osaba respirar sino á la expectativa, cuando ya había conseguido sacar al bicho de la querencia que había tomado, é indudablemente se disponía á citalre á la muerte, un grito de espanto salió de todas las localidades de la Plaza. Antes de que el matador hubiese podido plegar el engaño, el toro, revolviéndose sobre él, le había empitonado por el tercio inferior del muslo izquierdo, y le tenía en sus formidables y levantadas astas, sin que en todo el ruedo se viese ni sombra de capote que pudiera acudir en su auxilio. Pero aquello duró menos de un segundo. Sin saber de dónde surgió un hombre, mejor dicho, un gigante de formas angulosas y enjutas, y que vestía el traje de la gente de campo del país, y llegando de una sola zancada al animal, le arrebató de los mismos cuernos la presa, la arrojó lejos de sí, como si se hubiera tratado de un harapo, y se quedó frente á frente del astado animal sin defensa alguna. Este, repuesto de la sorpresa que debió producirle tal audacia, arremetió con mayor pujanza al intruso que no retrocedió un paso. Pero con indescriptible asombro de todos, se vió que esta vez la que cedía era la fiera, que hábil y poderosamente mancornada por aquel titán vestido de paño de Béjar, rodaba á sus pies dando un bramido de impotente cólera.

El charro sacó de la media vaca su punzón, pero antes de sepultarlo en la cerviz de la res, se volvió al mozo que acababa de levantarse del suelo, y le dijo con laconismo: — Era tuyo y debes rematarlo. El cabo, que por cierto arrojaba alguna sangre de la herida que debía tener en el muslo, obedeció, y de un solo golpe arrancó la vida al toro. Después cayó en los brazos del paisano sollozando: — ¡Gracias, padre!

Pero éste se limitó á examinar la herida, y viendo que no ofrecía peligro, dijo con naturalidad: — Que te mate una bala en buen hora; pero morir tú de una cornada, no puede ser. A cada uno lo suyo. Y padre é hijo se metieron entre las vallas en medio de los calurosos y nutridos aplausos de la multitud, que no dicen los papeles que tengo á la vista si acabó ó no de presenciar aquella corrida organizada en honor de los lanceros de don Julián Sánchez, y en beneficio de los soldados heridos defendiendo la causa nacional.

ANGEL R. CHAVES.



Lo está usted haciendo muy mal y el público está aburrido. ¿Pero usted qué se ha creído que es la fiesta nacional? En toda la temporada que hoy por fortuna termina, le ha hecho usted tragar más quina que en América hay plantada. Y esa no es la obligación de ningún buen Presidente. Hay que dar gusto á la gente, ó dejar ese sillón. ¿Que el ganado no da juego? Pues al corral el ganado. ¿Que está huido y asustado? Pues banderillas de fuego. ¿Que tres ó cuatro piqueros están haciendo la rosca? Pues si quien paga se amosca, se multa á esos caballeros y se sacan los reservas, mi querido Presidente; ¿ó han de estar eternamente ejerciendo de conservas? ¿Para qué está el Reglamento? ¿O es que usted se ha figurado que es el cargo que le han dado cosa de poco momento? ¿Sí? Pues ojo, que es de plata el Cristo que se le ha visto; y ni aunque saque usted el Cristo evita la zaragata, si el pueblo se le amontona — que ya se va amontonando — y va á ponerle á usted blando como el turrón de Jijona. Y es triste que porque usted no sepa lo que se pesca, se mueva al fin una gresea de aquellas que yo me sé, y pague quien no es debido los vidrios que usted ha roto. Conque tiene usted mi voto para pasarse al tendido... Y si esa tarea ingrata le dan á usted nuevamente, niéguese rotundamente y... ¡no mete usted la pata!

Por lo que pueda tronar, debo y quiero hacer constar que en esta composición, nada hay fuera de lugar ni lleva mala intención.

EDUARDO DE BUSTAMANTE.

LENGUAJE CURSI-TAURINO

A las corridas de toros, que había aprendido mejor que las Pandectas y el Fuero Juzgo, esa fraseología cursi taurina, que á semejanza del argot convencional que se usa entre bastidores de los teatros, se emplea generalmente por los que miran y no ven los detalles de la fiesta nacional. Viniera bien ó mal, encajaba en toda conversación su vocabulario. Los amigos le escuchaban con benevolencia, los necios con admiración, y algunos le toleraban indiferentes, como sucedía á D. Nicolás Manso, inquilino de la casa de que aquél era dueño, y padre de una bella joven, de 20 años, para la cual no era saco de paja D. Arturito. Empeñose éste cierto día en referir á la niña los lances de la fiesta que acababa de presenciar, y contenta ella y resignado el papá, entablaron el siguiente diálogo: — Mire usted, Pepita, cuando sonó el clarín y el carcelero abrió la prisión, salió de ella un berrendo, con una romana y una madera descomunales. — Tengo oído que berrendos llaman á los toros; pero eso de la romana y la madera, perdóneme usted, no sé lo que quiere decir. — Pues que era grande y tenía más largas las astas de lo regular. — Ya: siga usted. Mamá le hubiera entendido, por que sabía eso de veleta, mogón y bragado, pero yo... — Para cortarle los pies, Cúchares le lanceó tres veces con verónicas y navarras. — ¡Ave María Purísima! — Y entonces los piqueros, á pesar de ir montados en maías sardinas, le pincharon con desnudo, rasgándole Berrinches terriblemente. — ¡Qué barbaridad! ¿Y le mató? — No, niña, no: sin cutis ó epidermis ó piel ó pellejo, como quiera usted llamarlo, se puede andar. — ¿Sí? No lo sabía. — Pues hija — dijo Manso — ten cuidado con tus amigas Laura y Pilar, que son capaces de despellejar con su lengua... adelante, D. Arturito. — Cambiaron la suerte...

— ¿Qué? ¿El toro y Berrinches? ¿Este fué desgarrado por aquél? ¡Qué horror!

— Me interrumpen ustedes demasiado: cambiar la suerte no es cambiar de fortuna, ni aun de puesto, sino pasar á ejecutar otro juego con el toro, distinto del de pizar ¿lo entiende usted ahora? — Perdóneme usted, D. Arturo; no ha visto nunca una corrida, y ¡ojalá me hubiese sucedido á mí lo mismo! Mañana hará siete años que vi la última, y mientras me divertía en la Plaza, mi mujer fué cazada en el Paseo de Recoletos por un capán de *Cazadores*, sin que hayamos vuelto á saber más. — ¡Pobre D. Nicolás! Olvide usted esa cogida. Pues verá usted: cambiaron la suerte, como he dicho, y Blayé y Muñiz cumplieron con *dos pares muy limpios*, pasando el bicho que se *acostaba del derecho*... — ¿Qué bicho se acostaba? — El toro: á manos de Cúchares, que antes le había *galleado* admirablemente. — ¡Galleado! ¿Y cómo? — Con el capote puesto en los hombros. — ¡Ah! Vamos, menos mal, porque á cuerpo descubierta... — Siga usted, D. Arturo. ¿Qué entiendes tú de eso? Se sonrió maliciosamente el joven y continuó diciendo: tres de *telón* y uno de *pecho*, *hartándole de trapo*, bastaron para *cuadrar* al bicho, al cual se tiró *con una media*, bien señalada, que le hizo *morder el polvo*. — Perdóneme usted: ¿qué es lo que le dió de pecho, y dónde llevaba guardada Cúchares esa *media* que tiró al toro? ¿Estaba envenenada? — Calla, tonta: dispénsela usted, no entiende una palabra de cosas de cuernos. — Pues ya aprenderé cuando me case. Tontita es la hija de mi madre para dejar de saber todo lo que ella... — Basta, dijo enfurecido el padre, que al ver salir de la casa á D. Arturo, sin despedirse, exclamó: ¡casi es mejor hablar de todo de modo que no se entienda! Y para que otra vez no te suceda lo que ahora, te diré, en el lenguaje de D. Arturo, que los hombres son como los toros: si mansos ó *temerosos*, toman *querencias* de las que no quieren apartarse; cuando son *bravos* ó *de sentido*, hay que llevarlos ciegos, *empapados en el engaño*, porque si no, á lo mejor, ó *encunan* á quien se les pone al paso, ó *toman el olivo* para no volver.

J. S. DE N.

Notas sueltas.

De *El Barquero*, arrojando el ascua á su sardina, en *El Herald* del día 7:

«Aun cuando sabemos que esta época del año es la más llamada á los infundios basados en la escasez de noticias taurinas, allá va la última espeluznante nueva que encontramos en un estimable colega.

Asegúrase que es firmísima la resolución de *Guerrita* de no torear en Madrid más que la corrida de Beneficencia (si no encuentra medios de evadirse del compromiso), y es verídica también la noticia que se refiere á que Rafael II se cortará la coleta al finalizar la temporada del año próximo. Allá veremos.»

Aun cuando todas las épocas del año son buenas para los infundios, sobre todo si se trata de mortificar á *Guerrita* mil pesetas á que *Guerrita* toma parte en la corrida de Beneficencia y á que no se corta el pelo el año que viene. A no ser que se lo hagan cortar los monstruos á quienes *El Barquero* dispensa su impagable protección. Allá veremos.

La publicación del presente número extraordinario de *LA LIDIA*, ha sufrido un retraso que lamentamos mucho, y que el público habrá de dispensarnos en gracia del excepcional trabajo que representa su parte artística, para cuya ejecución nuestro amigo y constante colaborador Daniel Perea, ha tenido necesidad de hacer, dado su delicado estado de salud, un esfuerzo que le agradecemos, como seguramente le agradecerán nuestros lectores.

La cubierta que cierra la colección que hoy termina, la recibirán gratis los suscriptores y coleccionistas dentro de breves días.

LIBROS RECIBIDOS

Calendario y Guía de Madrid. — Con este título acaba de publicarse un utilísimo volumen de noventa y seis páginas, ilustrado con fotografías, vistas de los edificios más notables de Madrid.

La *Guía* está muy bien dispuesta y nutrida de noticias acerca de todas las corporaciones y entidades oficiales y particulares. Se vende en las papelerías y puestos de periódicos, al ínfimo precio de diez céntimos.

Almanaque de la Esquila de la torratxa para 1896. — Un tomo de 200 páginas, con bonita cubierta al cromo, redactado por más de cien literatos catalanes, y con 300 grabados de reputados dibujantes. Resulta una verdadera preciosidad por una peseta.

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO DE JULIÁN PALACIOS 27, CALLE DEL ARENAL, 27.—MADRID

Talleres montados con todos los últimos adelantos de estas industrias, y especialmente dispuestos para la ejecución de toda clase de trabajos artísticos y comerciales.

MADRID: Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.

